

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 15 31 de enero de 2016

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (15). VIDA después de la vida.

Quienes conocieron a Jesús en persona presintieron en su individualidad un no se sabe qué de excepcional, una humanidad tan desmesurada que parecía de un género distinto, extrahumano. A su existir en el mundo le asistía una suerte de necesidad divina: alguien así tiene-que-ser y tiene-que-seguir-siendo, y no debería nunca dejar de ser.



Los discípulos abandonaron a su maestro cuando fue apresado y ajusticiado por una alianza político-religiosa que llevaba hostigándolo un cierto tiempo. Huyeron de forma desordenada de Jerusalén dando por perdida la causa del profeta a quien habían seguido los últimos años y se dispersaron por sus aldeas galileas de origen en un estado de desolación máxima.

Apenas unos días después, de forma repentina y sin concierto previo, regresaron muchos a la ciudad santa poseídos por una extraña exaltación y proclamando que «Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos», la fórmula más antigua que se conoce de la nueva fe cristiana.

«**Tuvo que producirse algo** —afirma Dibelius (teólogo alemán)— que, en el transcurso de poco tiempo, provocó no sólo un vuelco total y repentino de su estado de ánimo, sino que los habilitó para una nueva iniciativa y para la fundación de la comunidad. D. F. Strauss, autor de una célebre *Vida de Jesús* (1835-1836), se refirió a ese **«algo»** como «un estímulo extraordinario». Los discípulos se reunieron otra vez diciéndose unos a otros que el maestro que había sido crucificado a la vista de todos y cuyo cadáver había sido depositado en un sepulcro, ese mismo hombre, sin saber cómo era posible tal cosa, **se les había aparecido vivo, actuante, individual y corporal**. El misterio inefable del Dios que todo lo abarca sin ser abarcado se nos manifiesta de un modo visible y perceptible en la figura de un hombre: el hombre Jesús. El crucificado resucitado pasa a ser la verdadera clave de la fe cristiana para conocer la realidad, para la comprensión de la realidad de Dios y del hombre y su mundo. La verdad de Dios revelada, y que todo lo ilumina con una nueva luz, tiene ahora, para siempre, un rostro humano.

H. U. von Balthasar (teólogo alemán del siglo XX) postula que la persona de Jesús, crucificado y resucitado, es la **condición para que existiera la posibilidad de que el hombre peque**, porque sólo previendo la figura de un redentor podía

arriesgarse por parte de Dios un mundo expuesto a la corrupción: «Desde la perspectiva de Dios Padre, la vida del Hijo debe verse, plenamente como condición de la posibilidad de un pecado original, y también de una existencia futura para el hombre, más allá del mundo, paradisíaca, y de una creación que tuvo lugar con miras al hombre. **“Por la pasión nos hizo merecedores de que existiéramos”**. Dice, además A.Torres Queiruga (sacerdote español, filósofo, teólogo, pensador y escritor): **“En todo caso Jesús da por supuesto una existencia real después de la muerte”**.

La resurrección no introduce un cambio en las estructuras del mundo pero sí ha perdido su antiguo totalitarismo sobre el hombre y por primera vez se le hace posible a éste, algo así como una «buena muerte». Esa persistencia del yo individual más allá de la muerte representa, **un conocimiento nuevo para el hombre, que le llena de esperanza, y que limita a sus justos términos el valor de la realidad conocida del mundo**. En el hombre alienta la vibración del deseo de perennidad, de ser y de seguir siendo. Dios asiste al individuo muerto produciendo para él un más allá del «ser» que era aquí. La acción divina de la resurrección de Jesús supone **el nacimiento de la esperanza**: Jesús, un humano como nosotros *ha muerto pero no está muerto, ni es un muerto, sino un viviente*. Allí donde todo acaba para el hombre Dios empieza algo. La imitación de ese ejemplo inaugura una inesperada posibilidad de lo humano.

Este mundo que perciben nuestros sentidos —imágenes, texturas, sonidos, sabores, olores— no lo es todo, no agota lo humano. Que haya más humanidad que la que hay en el mundo supone para la doliente finitud **una alegría del ser**. Si el mejor de nosotros, Jesús, ha resucitado, este precedente hará nacer en los demás hombres la esperanza de seguir algún día igual camino. Saber que sí hay salida del ser más allá de este mundo templa nuestra nostalgia constitucional.

Pero ciertamente no la suprime del todo. Porque esa necesidad interior de sobrevivir siempre será un imposible para el hombre, una sobreabundancia recibida desde una fuente incontrolable que trasciende los límites de su naturaleza, lo cual le ratifica como ser menesteroso, incapaz para procurarse por sí mismo lo que tanto necesita. Y, por otra parte, mientras subsista «la figura de este mundo», contra este esperar el futuro en el más allá, seguirán conspirando obstinadamente todas las apariencias. La resurrección de Jesús introduce en la historia **una nueva y hasta entonces desconocida idea**, la cual incluye el siguiente aspecto: **un hombre que ha muerto vuelve a la vida como individuo corporal aunque no con la misma vida ni con el mismo cuerpo de antes**.

La **resurrección de Jesús** supone su exaltación a un rango divino y el cumplimiento definitivo de la historia universal aunque ésta **aún** no haya llegado hasta su final. La resurrección y elevación de Jesús, en efecto, *concentran* la acción de Dios en una sola persona: **Jesús crucificado y resucitado**.

Textos extraídos del libro “Necesario pero imposible” de Javier Gomá Lanzón